

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

consagrado á la

VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 539.

Alicante 2 de Abril de 1881

Año XII.

CARTA PASTORAL

que el Ecxmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro María Cubero Lopez de Padilla, Obispo de Orihuela, dirige á sus muy amados diocesanos, con motivo de la Santa Cuaresma.

A Nuestro venerable Dean y Cabildo Catedral, M. I. Abad y Cabildo Colegial, Clero, Religiosas y Fieles todos de nuestra muy amada diócesis.

SALUD Y BENDICION EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Venerables hermanos y amadísimos hijos nuestros.

Dios nuestro Señor, que como dice la Iglesia nuestra madre, es quien ordena las vicisitudes de los tiempos, librándonos con la variedad de ellos del fastidio que habria naturalmente de causarnos la continua

identidad y monotonía de los mismos, es quien ha dispuesto que lleguen otra vez mas para nosotros los dias saludables de la Cuaresma, que tan provechosos pueden ser á nuestras almas. Y el mismo Señor es quien nos inspira la idea de dirigirnos á vosotros con tal motivo, cumpliendo, como en los años anteriores, este grave á la par que gratísimo deber de nuestro ministerio pastoral, el de avisaros, instruiros y exhortaros con vivo y paternal interés en esta santa época del año al abandono de los vicios y á la práctica de las virtudes cristianas. Y él es en fin en quien se apoya la consoladora confianza de que no han de ser estériles para vosotros nuestras palabras, sino que ántes bien producirán abundantes frutos de vida eterna.

Y ciertamente, A. H. é hijos nuestros, que no podiamos dejar pasar estos dias santos, sin llenar esa parte tan principal de nuestro ministe-

rio, ni podia retraernos de verificarlo la triste idea de que la índole especial de los tiempos que corremos pudiera inutilizar nuestros esfuerzos. Muy al contrario, esto mismo es un motivo más y más poderoso para dirigirnos á vosotros. Por lo mismo que instan peligrosos tiempos, según la frase de S. Pablo; por lo mismo que en los que alcanzamos abunda mucho esa clase de hombres, que, como anunciaba dicho Apóstol, no sufren la doctrina sana, sino que buscando con ánsia y multiplicando en derredor suyo maestros que les den en el gusto halagando sus pasiones, apartan sus oídos de la verdad y los aplican á las fábulas, á los errores, á los delirios de la razón extraviada, nos es mas necesaria la vigilancia y nos es mas preciso, si hemos de llenar lo que nos encarga el repetido Apóstol, predicar la palabra, instar á tiempo y fuera de tiempo, reprender, rogar y amonestar con toda paciencia y doctrina. (II Timoth. IV).

Esto es precisamente lo que nos proponemos hacer por medio de las presentes letras pastorales, y á ello nos mueve, según dejamos indicado, la miseria de los tiempos que atravesamos y la Santa Cuaresma en que nos hallamos.

Cada vez que fijamos nuestra consideración en el mundo actual y sus tendencias, se llena de nueva amargura nuestra alma al contem-

plar cómo se van multiplicando de día en día las transgresiones de la ley santa del Señor, y el mundo se va alejando mas de lo que habia de remediar sus males y hacerle marchar por los caminos de la verdadera prosperidad. Es tal y tan general la corrupción de costumbres, que casi podriamos repetir aquí aquellas palabras del Salmo: «No hay quien haga bien, no hay ni siquiera uno..... Todos se desviaron, se hicieron á una inútiles. Su garganta es un sepulcro abierto, con sus lenguas urdian engaños, veneno de áspides debajo de sus labios, cuya boca está llena de maldición y de amargura, sus piés son ligeros para derramar la sangre, el quebranto y la calamidad se encuentran en sus caminos». Y todo esto, por qué? El mismo Real Salmista nos lo dice: porque «no hay temor de Dios delante de sus ojos.»

Hed ahí, amados hermanos é hijos nuestros, la clave que nos dá la explicación de ese conjunto de males que nos aflige y aterra, el haber desaparecido de la generalidad de los hombres el santo temor de Dios. *Non est timor Dei ante oculos eorum.* De aquí el que por lo comun no haya otra norma de conducta que la propia utilidad, por más que esta se halle muchas veces en oposición con el dictámen de la conciencia. De aquí el que, como tambien nos dice el Real Profeta, hayan venido á menos las verdades entre los

hijos de los hombres y que cada uno de ellos diga cosas vanas á su prógimo y haya tantos lábios engañosos que hablen con dobléz de corazón (Psal. XI). De aquí el que con el mismo Santo Rey podamos justamente quejarnos de que por las ciudades y por los pueblos y hasta por las mas humildes aldeas se pasee en aire de triunfo la injusticia, y produzcan los mayores estragos la contradicción y la discordia, y les cerque dia y noche la iniquidad, y tengan asiento en medio de ellos la opresion y la injusticia, y no falten de sus plazas la usura y el engaño (Psal. LIV). La última razon de todo esto hallareis siempre que es la misma, porque no está el temor de Dios ante los ojos de los hombres. *Non est timor Dei ante oculos eorum.*

Y ¿cómo han de tener ese temor de Dios, cuando se esfuerzan hasta por negar á Dios, aunque para ello tengan que cerrar sus oídos al armonioso concierto de todas las criaturas que incesantemente cantan la gloria de su Criador y hasta á las voces de su propia razon que condena tamaña insensatez? Pero ello es cierto que las tendencias de nuestra época son á la negacion de Dios, aunque no todos lleguen á ella diciéndolo resueltamente como el insensato de que nos habla el Salmo con estas palabras: *Dijo el necio en su corazón: No hay Dios* (Psal. XIII). No todos llegan á ese extremo, repeti-

mos, pero á él se encaminan comenzando por no hacerle acaso, ni invocarle en sus necesidades, ni pedirle los auxilios de su gracia para vivir cristianamente.

Buena prueba de ello es esa glacial indiferencia con que una gran parte de los cristianos de nuestros dias mira las cosas de Dios y el interés de la propia alma. Abismados en sus negocios temporales ó en las delicias de una vida mundanal, apenas se acuerdan que son cristianos y que están llamados á otra vida, no caduca como la presente, sino de eterna duracion; y si alguna vez se acuerdan de ella, apenas hacen por conseguirla más que alguna ligerísima práctica de devocion muy superficial. Como si la eterna y bienaventurada vida fuera cosa de tan poca estima que pudiera conseguirse á tan bajo precio! ó como si el hombre por innumerables títulos no estuviese obligado á consagrar su vida entera al servicio de Dios.

Pero ¿qué decimos la vida entera? Sabido es que ese servicio que el hombre viene obligado á prestar á Dios es compatible con los cuidados y ocupaciones de este mundo, á que cada uno ha de dedicarse segun su diferente clase, condicion y circunstancias, con tal que esos cuidados y ocupaciones no sean de los que el mismo Dios reprueba y además se ordenen á él y al cumplimiento de su santísima voluntad. De manera

que esos mismos cuidados y ocupaciones, así ordenados y referidos á Dios, son un verdadero servicio que se le presta, cumpliendo su voluntad y llenando los fines de su providencia. Mas no se ha contentado el Señor con esta clase de servicio general, sino que para mayor gloria suya y provecho nuestro nos exige otros más especiales en que comuniquemos más íntimamente con su divina majestad, crezcamos más en su amor, y recibamos más abundantes auxilios para vivir bien en este mundo. Para esto se ha reservado algunos dias, en que nos manda dar tregua á ciertos trabajos y nos prescribe ciertas prácticas religiosas. Esos dias son los domingos y demás festivos de precepto, con cuya observancia pueden obtenerse los fines indicados y estrecharse más y más los vínculos fraternales que ligan á los diferentes miembros de la gran familia cristiana. Y qué ¿se consagran esos dias al Señor en nuestros tiempos?

Doloroso es tener que contestar á esta pregunta. Cierto que nuestra amada Diócesis no es de las más abandonadas en este punto. Cierto que en esta nuestra muy querida ciudad, que lo es de nuestra habitual residencia, se nos ofrecen continuos públicos y en gran manera consoladores ejemplos de la religiosa observancia de los dias festivos. Pero ¿es todo lo que debe ser? ¿Es lo

mismo en todos los pueblos de nuestro Obispado? ¿Es esa hoy la práctica general del mundo cristiano? Tan lejos está de serlo, que bien al contrario parece que hay un tenáz empeño en hacer desaparecer de sobre la faz de la tierra los dias festivos del Señor. De tal manera se les profana y vilipendia, dedicándose en ellos al trabajo como si fueran dias comunes y ordinarios ó empleándolos en diversiones mundanas que tantas almas arrebatan á Dios en los tiempos precisamente en que estas se le debian consagrar con mas especialidad.

Y no faltan razones especiosas con que quieren cohonestar tan lamentable profanacion, sobre todo en lo que respecta al trabajo corporal. La ocupacion de la clase proletaria, que en la ociosidad seria un peligro para el orden social; el amor al trabajo, fuente de prosperidad y de virtud; los productos del mismo y el consiguiente aumento del capital que tanto contribuye á la felicidad de las naciones. Ahí teneis, A. N., algunos sino todos los motivos en que fundan su propaganda los profanadores del dia festivo. Y esto se dice cuando tanto se multiplican los casinos, los cafés y otros centros y círculos de esta clase, donde, dicho sea sin ánimo de ofender á nadie, no queda muy bien parado el amor al trabajo, la prosperidad de las familias y con ellas la de los pueblos y

las naciones, y el interés por la clase proletaria, á la que tambien se admite y aun se invita á que concurra á esos sitios. Y esto se dice cuando incesantemente se trata de ilusionar á las clases trabajadoras con la disminucion de sus fatigas y con la participacion del goce y del festin, á la que es consiguiente la dilapidacion de sus escasos haberes!

De manera que se lamenta la dura esclavitud del artesano, sepultado siempre en las oscuras estancias y aspirando constantemente el aire húmedo y malsano de la fábrica ó del taller, y al propio tiempo se le quiere agravar las cadenas y perpetuar el cansancio y privar de que vea la luz del sol y respirar el aire libre siquiera un dia en cada semana, mientras los que de tal manera se declaran sus protectores pasan los dias y las noches en el descanso y en el placer. Se pretende moralizar á las masas para lo cual se necesita la sana doctrina y el buen ejemplo, y no se las deja ver ni oír otra cosa que el movimiento y silvido de las máquinas ó el mecanismo y el ruido propio de las ocupaciones de su respectivo oficio. Se las quiere en fin formar en suavidad de costumbres é inspirar sentimientos fraternales, y al propio tiempo se las obliga á esa vida rutinaria y monótona, sin tregua ni descanso que afloje la tirantez del espíritu, y se las priva de esa expansion inocente, legítima y pe-

riódica que las pondrian en condiciones de estrechar los lazos de la familia y de la amistad mediante la comunicacion mútua á que se presta é invita el descanso santo del dia festivo.

Y de todo esto, ¿qué ha de seguirse sino lo que se está siguiendo? Las masas populares y las clases acomodadas, que tambien son víctima de esas perversas teorías que atacan la santificacion del dia de fiesta, van alejándose cada vez más, no solo del servicio, sino hasta del conocimiento de Dios; y los que comenzaron por no consagrar al Señor esos dias que en cada semana se ha reservado, avanzan en su obra de perdicion hasta no invocarle tampoco privadamente, ó hacerlo cual si no lo hicieran superficial y rutinariamente, con espíritu disipado y sin afecto de devocion. *Dominum non invocaverunt*, como dice el Salmo, y llegan acaso al extremo de tantos insensatos que niegan la existencia de Dios diciendo como aquel de que el mismo Salmo nos habla: «No hay Dios.» *Dixit insipiens in cordes suo: Non est Deus.*

Y de esto ¿qué resulta? El mismo Salmo nos lo continúa diciendo: *Corrupti sunt et abominabiles facti sunt in studiis suis. Se han corrompido, y hecho abominables en sus deseos.*

Por eso aparte de los pecados que dejamos insinuados anteriormente vienen á afligirnos otros mas, que á la vez que son señales de esa corrup-

cion, ya tan general, las aumentan y hacen mas abominable todavia. Así el voto, la blasfemia y la obscenidad mas repugnante y soez hieren nuestros oidos á cada instante: el aburrimiento, la desesperacion, el duelo y el suicidio ponen trágico fin á la vida de tantos desgraciados que han perdido el hábito dichoso de buscar el alivio de sus pesadumbres y el consuelo de sus desgracias en la santa religion de Jesucristo. De manera que en sentido espiritual vemos realizarse en gran parte del pueblo cristiano los que en el antiguo Testamento anunciaba un Profeta: «Lo que dejó la oruga comió la langosta y lo que dejó la langosta comió el pulgon y lo que dejó el pulgon comió la roya.» (Joel 1. 4.) Así lo que ha quedado libre de la devastacion, de la iniquidad, de la injusticia, de la falsedad, del fraude y de la usura, lo ha invadido la lujuria, la soberbia, la gula, la ira, la desesperacion y la venganza.

Mas no solo en este sentido moral se han realizado y se están realizando sobre el mundo los anuncios de aquel profeta; sino que aun en sentido material vemos que suceden unos castigos á otros, pasando constantemente sobre nosotros la mano justiciera del Señor. Así observamos que no solo, ora en una, ora en otra comarca suele ser azotada la tierra por cualquiera de esas plagas enumeradas por el Profeta, de oruga, lan-

gosta, pulgon y roya; sino que á esta se añaden otras, teniendo que lamentar con aterradora frecuencia los desastres causados por el pedrisco, sequía, inundaciones, huracanes, terremotos, etc.

No es extraño. Se multiplican de dia en dia, como ya dejamos dicho, las transgresiones de la ley santa del Señor, y singularmente el menosprecio de la santificacion de los dias festivos, y á esto corresponden el aumento y multiplicacion de los castigos. No es esto nuevo en el mundo; es una ley moral que se ha venido cumpliendo constantemente, y que el Señor bien á las claras nos dá á entender en el capítulo vigésimo sexto del sagrado libro llamado Levítico, donde despues de decir: «Guardad mis sábados» (ó lo que es lo mismo, los dias festivos), y «tened pavor á mi santuario» y prometer muchos bienes á los que se sujetan á sus preceptos, continúa diciendo; «Mas si no me oyéreis, ni cumpliéreis todos mis mandamientos, si despreciáreis mis leyes, y no hiciéreis aprecio de mis juicios de manera que no cumplais las cosas que yo he establecido, é invalidáseis mi pacto: yo tambien haré esto con vosotros: os visitaré prontamente con carestia, y con un ardor que acabe con vuestros ojos. En vano sembrareis granos, que serán devorados por vuestros enemigos. Pondré mi rostro contra vosotros, y caereis delante de vues-

tros enemigos y quedareis sujetos á aquellos que os aborrecen. Huireis sin que ninguno os persiga. Y si ni aun así me obedeciereis, añadiré siete tantos mas á vuestros castigos por causa de vuestros pecados, y quebrantaré la soberbia de vuestra dureza. Y os daré un cielo de arriba como de hierro, y una tierra de bronce. Se gastará inutilmente vuestro trabajo, no producirá la tierra su esquilmo, ni los árboles darán frutas. Si anduviéreis en oposicion á mí, y no me quisiereis oír, añadiré siete tantos mas á vuestras plagas por causa de vuestros pecados.» Y así prosigue el Señor amenazando con castigos septuplicados varias veces más á medida que se obstinasen más los hombres en sus culpas, incluyendo en esas penas la pestilencia y el hambre que llevase á los padres hasta el extremo de comer las carnes de sus propios hijos.

Ved ahí pues, amados hermanos é hijos nuestros, los amargos resultados de la rebeldía del hombre contra Dios, especialmente en lo que se refiere á la profanacion de los dias de fiesta. Por el contrario á los que guardan los mandamientos divinos, y señaladamente el de la santificacion de los dias festivos, promete Dios en el mismo capítulo citado del Levítico innumerables bienes de cuerpo y alma. «Guardad mis sábados, dice, y tened pavor á mi santuario. Yo el Señor. Si anduviéreis

en mis preceptos, y guardareis mis mandamientos y los cumpliereis os daré lluvias á sus tiempos, y la tierra producirá su esquilmo, y los árboles se cargarán de frutas. La trilla de las mieses alcanzará á la vendimia, y la vendimia embarazará á la sementera y comereis vuestro pan en hartura, y sin miedo habitareis en vuestra tierra. Daré paz en vuestros términos: dormireis y no habrá quien os espante. Quitaré la malas bestias y espada no pasará por vuestros términos. Perseguiré á vuestros enemigos, y caerán delante de vosotros... os miraré y os haré creer: sereis multiplicados y afirmaré mi pacto con vosotros. Comereis lo más añejo de lo añejo, y sobreviniendo lo nuevo arrojareis lo añejo. Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desechará mi alma. Andaré entre vosotros, y seré vuestro Dios, y vosotros sereis mi pueblo.»

Ya veis, amados hermanos é hijos nuestros, qué cuadro este tan alegre y consolador con que se alienta á los hombres al cumplimiento de la ley divina, en contraposicion al otro triste y espantoso con que se aterra á los transgresores de la misma. Nosotros estamos pasando por varias de las amarguras que se significan en este último, por cuanto resistimos á Dios con nuestros pecados y vivimos en una época en que con la mayor osadía se menos-

precian los divinos mandamientos, especialmente el de la observancia de los dias dedicados al Señor. Bien sabeis que entre esas amarguras, ó castigos que las producen, figura el de la frecuente pérdida ó disminucion de los frutos de la tierra á causa de las muchas plagas que la combaten y el de la crisis comercial por que venimos atravesando. Esto os dará á entender cómo sabe Dios castigar la impiedad y la avaricia de los que han pretendido aumentar los caudales y mediante ello la prosperidad pública con menoscabo del descanso santo de los dias festivos.

En vista pues de todo esto, y tomando tambien ocasion del santo tiempo de Cuaresma en que nos hallamos, no podemos menos de exhortaros á la penitencia y mudanza de vida, único medio de reconciliaros con Dios y de aplacar su justo enojo, valiéndonos de las palabras del Profeta antes citado, de cuya profecia se sirve tambien la santa Iglesia para dar principio á las prácticas religiosas de estos dias de salud: «Despertáos», pues, os decimos con aquel hombre de Dios, «despertáos y llorad ó ébrios» es decir, vosotros, pecadores, á quienes tiene aletargados la culpa y embriagados las pasiones, «Convertíos» al Señor «de todo vuestro corazon, con ayuno y con llanto y con gemidos. Y rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, porque benigno

y clemente es, paciente y de mucha misericordia.»

Pero especialmente vosotros, oh sacerdotes, cooperadores nuestros en la grande obra de la salvacion de las almas, «ceñios y llorad; dad voces, ministros del altar. Intimad un santo ayuno, convocad al pueblo, congregad los ancianos, todos los moradores de la tierra á la casa de vuestro Dios y clamad al Señor.» Llorad entre el átrio y el altar y decid: «Perdona, Señor, perdona á tu pueblo; y no des tu heredad en oprobio, para que les dominen las naciones.» «Santificad la Iglesia,» es decir, purificad al pueblo cristiano con la enseñanza de la ley y con la administracion de los santos sacramentos. No decaigan por vuestra incuria las prácticas religiosas que con tanto provecho de las almas se observan, sobre todo en este tiempo del año, y muy especialmente los santos ejercicios de las cuarenta noches de Cuaresma. No descuideis la enseñanza del catecismo, teniendo presente que el estado deplorable de muchas almas que están cargadas de culpas proviene en gran parte de la ignorancia en que viven de nuestra santa religion, de la sublimidad y hermosura de sus dogmas y de los grandes é inefables consuelos que produce la misma rigidéz de su moral. Sed asíduos en el confesonario, sin que os aterre, ni mucho menos os refraiga lo pe-

noso y fuerte de esa tarea por ser mucha la mies y pocos los operarios, poniendo vuestra confianza en Dios, que os dará fuerzas iguales á la magnitud de este trabajo.

De este modo, queridos cooperadores nuestros en el Santo ministerio, santificareis en cuanto está de vuestra parte los pueblos que os están confiados; y de esperar es que ellos correspondan á vuestro celo y se conviertan de veras al Señor y se decidan de corazon á la práctica de las virtudes cristianas.

A este mismo fin podreis y debeis concurrir tambien vosotras, nuestras amadas hijas las religiosas en cláusura, dirigiendo fervientes ruegos á vuestro celestial esposo para que se apiade de los hombres, en gran parte tan corrompidos y extraviados y les convierta y les salve; porque mucho puede en la presencia de Dios vuestra oracion virginal y es muy propia para inclinar hácia nosotros los divinos oidos, como lo reconocia el Santo Obispo Leandro hablando de su hermana Santa Florentina. Y ¿quién sabe, diremos usando el lenguaje del repetido Profeta? ¿quién sabe si movido el Señor por vuestros ruegos se volverá y perdonará y dejará en pos de sí la bendicion?

Así lo esperamos y que en consecuencia dirá el Señor lo que vemos consignado en el libro del mismo Profeta mencionado. «Yo os enviaré trigo y vino y aceite y sereis abas-

tecidos de ello... Y se llenarán las eras de trigo y rebosarán los lagares de vino y aceite. Y os recompensaré los años que comió la langosta, el pulgon y la roya y la oruga... Y comereis abundantemente y os hartareis: y alabareis el nombre del Señor Dios vuestro que hizo maravillas con vosotros..... Y sabreis que yo estoy en medio de Israel: y yo el Señor Dios vuestro, y no hay más: y nunca jamás será confundido mi pueblo.»

Haga Su Divina Magestad que así suceda, y que en el sentido literal y espiritual, ó sea con la abundancia de bienes materiales y morales que en sí encierran esas promesas, desciendan sobre todos vosotros, amados diocesanos nuestros, esas bendiciones del cielo, para cuyo mas fácil obtento os damos tambien la nuestra de lo íntimo de nuestro corazon en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Orihuela, firmado de nuestra mano sellada con el mayor de nuestra dignidad y refrendada por nuestro infrascrito Secretario de Cámara á quince de Marzo de mil ochocientos ochenta y uno.—*Pedro María, Obispo de Orihuela.*—Hay un sello.—Por mandato de S. E. I. el Obispo mi señor, Licdo. Mariano Tomás, secretario.

NOTA. Los Sres. Párrocos, Eónomos y Regentes harán al pueblo

lectura de esta nuestra Pastoral al tiempo del ofertorio de la Misa Conventual en el primer dia festivo despues de haberla recibido, archivándola luego en el de la Parroquia. El cumplimiento Pascual principiará y terminará en cada Parroquia segun la costumbre de la misma; y si fuese necesario anticiparlo ó posponerlo, autorizamos para ello á los Curas ó Regentes, los cuales deberán darnos inmediatamente cuenta de haber adoptado esa medida y de las causas que la hayan motivado. Así mismo, recordamos á los Párrocos y Vicarios las facultades que les tenemos concedidas en el número 8.º de nuestro Reglamento del 1.º de Febrero de 1861, á saber, para absolver de reservados durante el cumplimiento Pascual y sus resultas, y además á los Curas Párrocos, Eónomos y regentes por el mismo tiempo para habilitar *ad petendum debitum*, cuya última facultad la hacemos estensiva por este año á los Predicadores de Cuaresma, durante el tiempo de su predicacion ó por todo el cumplimiento Pascual y sus resultas, si se detienen todo él en la Parroquia donde han predicado.

Prevenimos á nuestros Párrocos el cumplimiento de lo que se dispone en el art. 44 del mismo Reglamento de 1.º de Febrero de 1861, que literal es como sigue: «Quince dias despues de terminado el cumplimiento Pascual, se remitirán (los

Padrones Parroquiales) á nuestra Secretaría de Cámara, con un resumen de las personas de ambos sexos que hayan cumplido el precepto, y de las que resulten sin haberlo verificado.»

LOS PEGADOS CAPITALES.

Entre los principales enemigos que dañan al hombre, apartándole del camino del bien, marcado por la religion cristiana, debemos considerar los pecados que la Iglesia designa como capitales.

Pues estos pecados, contrarios á la causa de la religion, lo son asimismo á la idea del progreso.

Y hé aquí una prueba más, bien evidente, de la analogía é intima relacion que existe entre la civilizacion y el cristianismo. *La soberbia*, que ocupa el lugar primero, es la que establece la desigualdad entre las clases y la diferencia de condicion entre los hombres, la que arma la mano del capataz con el infame látigo que azota las espaldas del esclavo, la que arrastra vertiginosamente la dorada carroza que atropella y hiere al infeliz mendigo, la que apoyándose en la riqueza, en el poder ó en la fuerza bruta, sostiene la opresion y el despotismo y hace inútiles los esfuerzos de la ilustracion para establecer en el cuerpo social la igualdad y la armonía.

La avaricia, con su descarnada mano, corre el tenebroso velo que oscurece el pensamiento del hombre, cuando trata de lanzarse á elevadas regiones para hacer aplicacion de sus ensueños.

Retiene el oro cautivo en las arcas del millonario, impidiendo el desarrollo de las empresas, haciendo improductivos los capitales, sacando las fuentes de prosperidad y bienestar en todas partes.

Niega un pedazo de pan al indigente, acrecentando el ódio de las clases pobres hácia las pudientes, y fomenta la usura, ese mónstruo repugnante que se alimenta con la sangre de sus víctimas.

La avaricia es el espectro que acobarda el ánimo del poderoso, retrayéndole de invertir las sumas que convenientemente aplicadas habian de proporcionar mejoras y recursos.

La avaricia, infectando el aire con su pútrido aliento, hace aspirar miasmas mortíferos que matan los sentimientos, y sofoca, con la palabra *negocio*, los más generosos instintos.

Es la rémora constante del progreso en sus variados ramos, el hábito que disecca las flores de la esperanza en el campo de la inteligencia y la virtud.

La lujuria.

¿Qué otra causa reconoce generalmente el adulterio, ese crimen tan

funesto como generalizado en nuestra sociedad?

¿Y consecuencia de éste no son el oprobio, la ruina, la desolacion de las familias?

¿Y consecuencia suya no son tambien el robo, la falsedad, la usurpacion, el homicidio?

La lujuria destruye la flor de nuestra juventud.

Aparta su vista de la senda de la moralidad, presentándola imágenes engañosas, que con fascinadores halagos ocultan la ponzoña que guardan en su seno.

Aniquila la organizacion de la materia y hace sobrevenir el decaimiento de las facultades de la inteligencia.

La lujuria atrae por un camino sembrado de rosas á esas jóvenes extraviadas, que se sienten herir sus piés por los abrojos hasta que la prostitucion les ha sujetado para siempre con sus torpes lazos.

Los pueblos más famosos por su degradacion en los anales de la historia, han sido aquellos que han visto entronizarse con su hediondo cortejo el desvarío de la lujuria.

Con ella desaparecieron siempre, tras los últimos elementos de la religion, los postreros vestigios de cultura.

El poder de Roma, que resistia al empuje de los ejércitos de todo el mundo conocido, se vió por ella enervado, deshecho, aniquilado.

La lujuria asume todos los vicios, ningun crimen es extraño en sus impuras bacanales.

Ved esa otra figura que aparece en pos con el cabello desgredado, los ojos centelleantes, el rostro todo descompuesto y que agita frenética en sus manos la tea de la discordia.

¿La conoceis?

Es *la ira*.

Ella es la que promueve las disensiones entre los hermanos, los ódios entre los príncipes y los gobiernos, la luchas entre los pueblos.

Ella es la que arma de puñal el brazo del asesino; la que coloca la pistola ó el florete en manos del duelista.

Ella la que alimenta el fuego de la guerra, ese baldon universal, que, con mengua del progreso, se sostienen en nuestra época, llenando de ruinas las ciudades, de luto los corazones, de peste las comarcas.

¿Cuándo aparecerá en el horizonte del mundo el iris de la paz?

¿Cuándo á sus bellos reflejos podrá contemplarse consolidada la obra de la civilizacion?

Cuando el cristianismo impere, llevando su bienhechora influencia á todas partes.

La gula, diosa del arte culinario, que se esmera en rendirla digno culto, toma una parte activa, y hoy más que nunca, en los destinos de los pueblos.

Sin su ayuda no pueden celebrar-

se asambleas, razonarse discusiones, ni sentar las bases de ningun proyecto beneficioso á los intereses del país.

Pero sucede frecuentemente que las inteligencias se perturban con los excesos de la intemperancia, que estos beneficios se olvidan entre las delicias del paladar y del estómago.

Y sucede que la ira acude muchas veces llamada por los extravíos de la gula y termina violentamente y con perjuicio general lo que se iniciaba con opuestas miras.

La gula es la expresion del egoismo más acabado.

La gula se enseñorea en los suntuosos palacios, donde entre alegres festines yace en olvido el miserable pordiosero, que se consideraría feliz con lograr alguna pequeña parte de los restos del banquete.

La gula es un grosero apetito, que, embruteciendo al hombre, le hace desconocer todo género de consideraciones; es el privilegio del oro, que condimenta los más delicados y costosos manjares para estimular el apetito del poderoso, mientras niega una miga de pan al necesitado.

La gula es opuesta á la caridad, como las tinieblas á la luz.

¿Qué podrá decirse de la *envidia*?

Es el reptil venenoso, que con insidiosa mancha, se arrastra en pos de todo impulso civilizador y fecundo para ahogarle, á ser posible, en

su nacimiento, ó para desvirtuar sus resultados.

La envidia se halla constantemente en acecho de cuanto se dirige á un noble fin, siempre dispuesta á morder y manchar la reputacion del hombre que aspira á distinguirse.

¡Cuántos génius quedan desconocidos, cuántas voluntades nulas, cuántos talentos ignorados por los sutiles y certeros manejos de la envidia!

Resta nombrar á la *pereza*.

Hermana de la envidia, se estaciona tras ella voluptuosamente, cierra sus ojos á la luz, brinda su proteccion á la vagancia y estorba, tendiéndose en su camino, el concurso de las fuerzas vivas que pueden acarrear materiales para la construccion del edificio del progreso.

Ligerísimo ha sido el extracto formado de las perniciosas cualidades que los siete pecados traen consigo, mostrándose auxiliares poderosos del mal.

Sobre cada uno de ellos necesitaría escribirse un volúmen, si hubieran de exponerse todas las consideraciones á que dan lugar.

Lo dicho será, sin embargo, bastante para que se demuestre lo indicado al principio, haciéndolos considerar tan contrarios á la religion como á la idea del progreso.

Enrique Ceballos Quintana.

LA CONCIENCIA.

Si fijamos nuestra atencion en cuanto nos rodea, veremos á cada momento las mayores contradicciones, los más notables contrastes.

Nuestra razon es impotente para apreciarlos, para comprender cómo en el hombre se manifiestan igualmente los más sublimes sentimientos, las acciones más heróicas y los instintos más feroces, los hechos más despreciables.

Vemos al lado del sanguinario, el inofensivo; el sábio y el idiota; el tirano y el humilde; el criminal y el virtuoso.

Y vemos prosperar al malo, y sucumbir, martirizado, al bueno.

Y vemos prosperar al bueno, y sucumbir, martirizado, al malo.

Vemos que el delincuente halla á veces su infierno en esta vida.

Y que el hombre de bien lo halla asimismo.

Que bárbaros asesinos, que malhechores consumados, perecen por el hierro y por el fuego.

Y que por el hierro y por el fuego perecen igualmente mujeres honradas, hombres intachables, niños inocentes.

La Providencia no interviene, me direis, son sucesos debidos á las leyes sociales, á la casualidad, á la educacion, á las costumbres, al temperamento, á la ignorancia, á las circunstancias, á la prevision ó á la torpeza.

Es cierto.

Pensar en la intervencion de Dios cuando son tantas las monstruosidades y aberraciones de la vida, creo que seria una blasfemia.

Pero si no interviene en unas cosas no intervendrá en las otras.

¿O acaso puede mostrar predileccion, siendo justo, por determinadas criaturas?

Si él interviniera ¿cómo habia de imperar en todas partes el despotismo, la maldad y la injusticia?

No; Dios no puede sancionar iniquidades.

Luego este mundo se rige por la casualidad.

Luego la sociedad, las familias, los individuos se gobiernan por la violencia, por el temor, por la necesidad, por la conveniencia, por la pasion, por el capricho. Entónces el mundo es un sangriento sarcasmo, un absurdo despropósito, una violacion perpétua de la razon y la justicia.

Entónces solo estamos sujetos á las leyes variables y contradictorias del avaro.

Y por eso vemos el bien y el mal, el error y la verdad, la dicha y la desgracia, la virtud y el vicio, la ilustracion y la ignorancia, sembrados indistintamente en confusion horrible, sin causa determinante, sin efecto conocido, sin lógica, sin equidad, sin órden ni concierto.

Y por eso observamos la inocencia que perece, la honradez que sucumbe, la osadía, el cinismo, el crimen que triunfan y se engrandecen.

Y por eso contemplamos que la fortuna prodiga sus favores lo mismo al bueno que al malvado, que la desgracia los envuelve á la par entre los negros pliegues de su manto, que más bien aquella sonrie constantemente al segundo, y ésta se ceba cruel é implacablemente en el primero.

Entónces no debe extrañaros que el bien se extinga y el mal se desarrolle.

Entónces debemos dudar de todo, sumirnos en la desesperacion, ó abandonar tan miserable existencia

No queda otro remedio.

Porque por cada hombre honrado que vive, que goza, que se eleva, se cuentan mil infames que logran tales venturas.

Y por cada infame que sufre se cuentan mil hombres honrados que de dolor sucumben.

¿Para qué es la vida, si todo está sujeto al azar, al desconcierto, si el fuerte manda y el débil se confunde?

Todo es mentira, la justicia humana, la moralidad, los afectos, las glorias, las costumbres.

No hay el recuerdo de ayer, ni la seguridad de hoy, ni la esperanza de mañana.

Sólo existieron, sólo existen, sólo existirán pasiones sin freno, ambiciones opresoras, virtudes escarnecidas, crímenes ensalzados.

La negacion, la duda, el caos.

Tipos del bien, con la aureola del martirio.

Tipos del mal, con los esplendores de la dicha.

Niñas huérfanas, desvalidas, inocentes, lanzadas á los horrores de la ignorancia, con la atrofia del sentimiento, con el porvenir de la miseria, destinadas á una vida de padecimientos ó arrancadas del mundo violentamente por la enfermedad ó la barbárie.

Jóvenes sin recursos, abandonadas, seducidas, relajadas por la sociedad á los antros de la prostitucion, ó á las clínicas de los hospitales.

Hombres laboriosos, sábios, justos, pisoteados por la soberbia y el cinismo, muertos por el hambre, por las decepciones, por la calumnia y la envidia.

Y en contraste inícuo, bárbaro espantoso.

Niños nacidos en la opulencia, lanzados á todos los halagos y placeres de la vida; jóvenes hermosas y elegantes, sonreidas por el amor y la fortuna, hombres ambiciosos é intrigantes, coronando con el éxito todas sus empresas.

(Se concluirá)

CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy sábado, en la Colegial á las ocho, y en Santa María á las nueve, misa de la Virgen.

Por la tarde á las cinco y media empieza el Septenario Doloroso, predicando respectivamente los señores D. Joaquin García, D. Mariano Angelo Borja, Lic. D. José M.^a Sanchiz, Doctoral; D. Juan Zarandona, Muy Ilustre Sr. Dr. D. José Pons, Abad; D. Antonio Ibañez; Dr. D. Casiano Quilez, Magistral; todos canónigos de la misma.

En la iglesia de Religiosas Capuchinas, tambien empieza el Septenario de Dolores, á las cuatro de la tarde. Habrá sermon todos los dias.

En la iglesia de Ntra. Sra. de Gra-

cia, habrá tambien Septenario al toque de oraciones, siendo oradores respectivamente, D. Tomás Domech, vicario de la misma; D. Mariano Urios, vicario de la Colegial; don Manuel Martinez, vicario de Nuestra Sra. de Gracia; D. José Juliá, capellan de las Agustinas; D. Manuel Martinez, vicario de Ntra. Sra. de Gracia; D. Santiago Alvarez, cura párroco castrense; D. Francisco J. de Guimbeu, vicario de la Colegial.

En la iglesia de Agustinas, á las cuatro de la tarde, Felicitacion Sabatina.

Domingo.—En la Colegial á las nueve y media, misa conventual con sermon que predicará el Dr. don Casiano Quilez, ya citado.

Por la tarde, será el Septenario, terminado el coro.

En la Misericordia, á las cinco y media de la tarde, se dará principio al Novenario de la Soledad de Maria Santísima.

En Santa María, á las nueve, misa mayor en la que predicará D. Vicente Morell.

En San Roque, al toque de oraciones, predicará el citado Sr. Abad.

Lunes.—En Santa María se dará principio á la novena de la Soledad de Maria Santísima á las cinco y media de la tarde, predicando respectivamente D. Enrique Farach, sochantre de la misma; D. Félix Ramon Boix, sacristan mayor de la misma; D. Vicente Morell, beneficiado de la

Colegial; D. Rafael Amat, capellan de las Casas de Beneficencia; D. Tomás Domenech, ya citado.

Martes.—En la citada iglesia de Agustinas, á las cuatro de la tarde, habrá sermón á cargo de D. Enrique Farach.

Viernes.—En la misma iglesia y á la misma hora, habrá también sermón que predicará el mismo señor Farach.

En la Colegial, á las nueve y cuarto, misa con sermón á Ntra. Sra. de los Dolores.

En las Capuchinas, á las ocho y media, misa con sermón que predicará el indicado D. Vicente Morell.

FUNCIONES

DE SEMANA SANTA.

No siendo posible al Cabildo Colegial de esta Insigne Iglesia celebrar dichas funciones con la esplendorosa majestad de otros años, por la absoluta carencia de recursos, el que suscribe, á nombre de la Corporación Capitular, como Presidente de la misma, escita la caridad de los fieles para que contribuyan con la limosna

que sea de su agrado, á fin de que en este año como en los anteriores puedan llevarse á efecto con la majestad que reclaman tan augustos misterios y con el esplendor que corresponde á esta culta capital.

Las limosnas pueden entregarse en el archivo parroquial de esta Insigne Iglesia.

El Abad,

Dr. José Pons.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administración, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar las cantidades que adeudan por la suscripción á este periódico hasta fin de Diciembre último.

Nuestros lectores comprenderán la necesidad que tenemos de hacer una liquidación general para evitar entorpecimientos en la gestión administrativa, pues de otro modo los graves perjuicios que se nos irrojan por la falta de pagos, nos imposibilitaría continuar la publicación.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.